

á unas bailarinas y cantatrices, y se entregaron á la alegría y á la disolucion, obligando á los doctores escandalizados á que cuidasen de los caballos.

Mandó que se reuniesen en el campo todos los ciudadanos, y subiéndose á un púlpito, preguntó quiénes eran los mas ricos; habiéndole señalado doscientos ochenta, les echó en cara las perfidias del sultan y añadió: « Yo soy el azote de Dios; » y si no estuviésteis tan cargados de delitos, » Dios no me habria arrojado sobre vuestras » cabezas. No os pido las riquezas que tenéis » sobre la tierra porque nosotros sabremos » encontrarlas, sino las que tenéis sepultadas. »

1219.

La ciudad fué saqueada, repartidos los habitantes entre los Mogoles, despues de haber presenciado la deshonor de sus mujeres y los tormentos de los ricos, y quemadas las casas.

1220.

Despues la horda feroz se dirigió por el delicioso valle de Sogd, lleno de jardines y de voluptuosas quintas, llevándose por delante los prisioneros, y atacó á Samarcanda. Mohamed Aladino, á quien faltaba ya el valor, no sabia cómo huir, y viendo que los ciudadanos estaban haciendo un foso alrededor de la poblacion, se encogió de hombros exclamando. *Si echan en él sus látigos, basta para cegarle.* Estas palabras hicieron desaparecer el poco valor que quedaba y capitularon; pero en seguida fué arruinada la ciudad entregándola á saqueo y fuego; degollados cruelmente treinta mil guerreros cancales; muchos ciudadanos tuvieron igual suerte; los demas fueron repartidos ó condenados á rescatarse con enormes sumas, y aquella hermosa provincia quedó devastada. Abul'farag al Sanyari, poeta persa que huyó del poder de los Tártaros, llora porque « el sol » no se levanta ya sino por Occidente; ha desah parecido del universo la alegría, y parece » que los hombres han nacido solo para » sufrir. En los países que he recorrido no he » encontrado un solo viviente, y si he hallado » alguno, no he visto en él mas que dos fuentes de lágrimas. »

Tal era el terror que infundian aquellos salvajes destructores, que los pueblos desalentados ni aun se atrevian á resistirlos. « He oído referir » muchos hechos (dice Ibn al-Ethir) que no son » creibles: ¡tanto espanto habia infundido Dios » en los corazones! Cuentan que un caballero » tártaro entró solo en una populosa ciudad de » Mesopotamia, y se puso á degollar á los habitantes uno por uno, sin que nadie se defendiese. Otro no teniendo á mano un arma para matar á un prisionero, le mandó que se postase en tierra mientras iba á buscar una » espada: volvió con ella y degolló al desgraciado que no se habia movido de su sitio. Otro » me contó lo siguiente: — Yendo yo de viaje » con diez y siete personas, vimos llegar un » Tártaro á caballo, que nos mandó que nos atásemos unos á otros las manos á la espalda. » Mis compañeros hicieron lo que les ordenaba, » pero yo les dije: *Él es uno solo, matémosle*

» y huyamos; pero me respondieron: *Tenemos miedo.* Yo contesté: *Él os matará; degollémosle y acaso Dios nos salvará.* Ninguno se » atrevió, pero yo le dí una puñalada y todos » huimos. »

Turcan Katuna, no creyendo en las insidiosas promesas de Gengis-Kan, huyó despues de haber matado á todos los principes destronados por su hijo; pero fué presa con el serrallo y enviada á Tartaria para matarla, degollados los hijos de Mohamed y repartidas sus mujeres: este, huyendo siempre de la tempestad que habia provocado, se sustrajo con mucha dificultad de los que le perseguian, y del mas poderoso monarca se vió reducido al mas miserable de los hombres, muriendo en una isla desierta del Caspio, donde no se encontró un lienzo con que envolver á aquel que habia despojado de sus bienes á tantos príncipes.

El Carism fué tratado con la ferocidad acostumbrada; en Balk, ciudad rica por su comercio, fueron degollados los habitantes, á quienes se hizo salir con pretexto de numerarlos, é incendiada la poblacion. Nischabur, metrópoli del Carism en tiempo de la familia de Cosróes, que fué destruida en 1153 por los Turcos Oguzios, y en 1208 por un terremoto, se habia poblado y fortificado de nuevo, y tenia en sus murallas tres mil balistas y quinientas catapultas lanzando la muerte; pero los Mogoles la asaltaron con otras tantas balistas, trescientas catapultas, setecientas máquinas de proyectiles incendiarios, cuatro mil escalas, y dos mil quinientas cargas de piedra, é inmediatamente la tomaron, entregándose por espacio de cuatro dias al degüello sin perdonar á los perros ni á los gatos. Como se supiese que algunos se habian salvado echándose entre los cadáveres, el vencedor mandó que se cortase á todos la cabeza y se hiciesen con ellas pirámides diferentes con las de los hombres, con las de las mujeres y con las de los niños: horrible monumento de la última matanza de la residencia de Sapor. En otras partes se mandó la destruccion de todo, es decir, de las personas y los bienes: en Herat dicen que perecieron un millon seiscientas mil personas; y cuando el hijo de Gengis-Kan decia á su padre que habia perdonado á alguno por compasion, le contestaba: *Te prohibo tener compasion, porque es signo de debilidad.* Como se enorgullecian con la matanza, y á fin de contar con prontitud los muertos, á cada mil cadáveres ponian uno con la cabeza abajo y los piés arriba.

Antes de atacar un país, enviaba á decir á su príncipe: *Si no te entregas, sabe Dios lo que te sucederá.* Si el príncipe se declaraba vasallo suyo, debia dar rehenes, recibir gobernadores mogoles, y pagar un cuantioso tributo, que era regularmente el diezmo de todas las producciones, incluso los hombres; así exterminaba lentamente los pueblos, cuando no los destruía rápidamente por medio de la fuerza. No acometian en un solo cuerpo, sino divididos en varios destacamentos, y sin dirigirse á los ejércitos ni

á las fortalezas, se desbandaban matando: entónces el único medio de salvar la vida era esconderse. Cuando invadieron la Hungria, rodeaban completamente pueblos enteros, y los quemaban con todo lo que en ellos habia; en las ciudades reunian todos los habitantes en la plaza, y dejándolos desnudos los degollaban uno por uno; hacian, para divertirse, que sus hijos destrozasen con martillos la cabeza de los niños enemigos; los mas robustos les servian de esclavos despues de cortarles las narices y las orejas; las mujeres saciaban su ira en las mujeres, degollando á las que eran hermosas y dándoles á comer de ellas á sus maridos, conservando, las feas para esclavas. Parecia en fin que querian reducir el mundo á una vasta llanura para conducir fácilmente por ella sus ganados.

1222.
Bombas.

Terribles catapultas manejadas por los prisioneros destrozaban los muros de las fortalezas que se cerraban á los Mogoles, los cuales se servian tambien del fuego griego, del agua de los rios, de las minas y de las estratagemas mas ingeniosas y péfidas. Los Chinos usaron en su daño un arma terrible que hasta mucho despues no fué conocida de los Europeos, pues se dice que cuando Gengis-Kan atacó á Kai-fung-fu, los sitiados usaron contra los Mogoles los *pao de fuego*, que despedian pedazos de hierro en forma de ventosas llenas de pólvora, y cuando se les daba fuego, estallaban á manera de trueno y se oían á cien *lis*; el sitio donde caían se encontraba quemado, extendiéndose el fuego á mas de dos mil piés de circunferencia, y si tocaba á las corazas, las dividia de parte á parte. Los Mogoles, para defenderse de ellas, se metian en minas que construían al efecto; pero los sitiados, con objeto de hacerles salir, ataban dichas ventosas á unas cadenas de hierro, tirándolas desde las murallas, y cuando estaban cerca de las cuevas donde se hallaban los Mogoles, les daban fuego con una mecha y los abrasaban.

Se hallaban tan desprovistos de sentimientos caballerescos como de humanidad; huían sin avergonzarse y engañaban sin remordimiento. Acabada la campaña, se retiraban á descansar por espacio de algunos meses, particularmente para reponer sus caballos, y lo primero que hacian era devastar el país en una circunferencia de muchas millas para abandonarse á los placeres mas groseros. Los millares de prisioneros que hacian eran mas desgraciados que los muertos; estaban desnudos, sin alimento, y destinados á violentos trabajos y á pelear contra sus hermanos; las mujeres arrancadas á los religiosos conventos de los Cristianos ó á las voluptuosas clausuras de los mahometanos estaban destinadas al impúdico libertinaje de las turbas, brutales en los hechos como en la apariencia. Gengis-Kan preguntó un dia á sus oficiales cuál era el mayor placer del hombre, y le respondieron: « Ir de caza en la primavera en un buen » caballo con un azor en la mano y verle coger » la presa. » Él se encogió de hombros y re-

plicó: « No: el goce mayor es vencer á los enemigos, echarlos delante, cogerles cuanto » tienen, ver llorar á las personas á quienes » aman, montar en sus caballos y abrazar á sus » hijas y mujeres. »

Gelaledin Mankberni, el mas animoso de los hijos de Mohamed, y el único que le sobrevivió, se salvó en Carism, dirigiéndose al Korasan, y llegando despues á Gazna, donde se habian reunido muchos Turcomanos, pudo hacer que le obedeciera un grueso ejército que se componia de sesenta ó setenta mil caballos. Con ellos sorprendió y batió muchas veces las fuerzas de los Mogoles, hasta que encontrándose frente á frente con Gengis-Kan, quedó vencido despues de haber hecho prodigios de valor; entónces, abriéndose calle por entre los enemigos, arroja la coraza, corre hácia el Sind y se arroja en él desde una altura de veinte piés con el escudo á la espalda y el estandarte en la mano, pasándolo á nado, mientras Gengis-Kan admirado se le muestra como modelo á sus hijos. Reunidos unos cuantos que le habian quedado y faltos de todo, se dirigió á Dehli, donde reinaba un Turco que con el de Lahore era el mas poderoso de los principes que se habian hecho independientes al caer el imperio de los Guridas.

No tardaron los Mogoles en llevar la devastacion al centro de la India, mientras Gengis-Kan acababa de someter y destruir el Korasan. Despues, fuese por capricho ó porque estuviera harto de sangre, resolvió volver al Mogol por la India y el Thibet. Mandó á los prisioneros, los cuales ascendian á veinte ó treinta en cada tienda, que mondasen una gran cantidad de arroz y despues los hizo matar á todos en una noche. Viendo que seria muy difícil continuar el camino por el Thibet, volvió piés atras, degollando á los que se habian quedado entre las ruinas de la ciudad, y destruyendo los campos, de suerte que los que se habian ocultado en los bosques debieron morir de hambre, mientras el ejército tenia lo suficiente con los rebaños que se llevaba por delante.

Habia tenido por compañeros en sus empresas á sus hijos y nietos, acostumbrándolos á la matanza, mientras que sus generales llevaban el espanto hasta la Europa. Yuchi sometió el Capchak, esto es, los inmensos valles al Mediodía del Volga y del Ural, que los antiguos llamaban Escitia de este lado del Imavo y de la Sarmacia Asiática. Allí habitaban los restos del imperio turco, Pechinecos y Uzios, llamados despues Polouzos, esto es, habitantes de las llanuras, por los Rusos, y á quienes los Húngaros y los Griegos dieron el nombre de Gumanos, de donde proviene el de Cuban que hoy se da á aquel país; el emperador Juan Dúcas recogió allí diez mil familias y otras en Rusia. Habiendo Yuchi recorrido las riberas del Caspio, pasado el Cáucaso y atravesado los desfiladeros de Derbend, destruyó á los Alanos que quedaban, y persiguió á los Uzios que molestaban continuamente á las razas eslavas y á Kíef, y unidos con los Busos

1225.

La horda de Oro.

intentaron detener á los Mogoles, que los vencieron en Kalka (1224).

Cuando los Polouzos, acometidos á orillas del Don por los Mogoles, invocaron el apoyo de los Rusos, los príncipes convocados en Kief, comprendiendo que derrotados estos, les esperaba á ellos la misma suerte, decidieron hacer causa comun contra los enemigos, y aunque estos protestaron que no llevaban intenciones hostiles, mataron á los embajadores. Dióse la batalla en Kaleza (1222), donde los Rusos fueron derrotados, y perseguidos hasta el Dnieper los que quedaron; en este estado las cosas, Gengis-Kan llamó á los Mogoles para acometer nuevas empresas.

Subutai, general tambien de Gengis-Kan, enviado á perseguir á los Carismitas, cogió sus inmensos tesoros, recibió vasallaje del príncipe cristiano de Georgia residente en Tauris, el cual habia procurado en vano resistirle, coligándose con los príncipes del Aderbiyan y de la Mesopotamia, y fijó su campo en la llanura de Mugan (1221), que despues llegó á ser la morada habitual de los generales mogoles y de los descendientes de Ulagú.

Destruído en el espacio de seis años el imperio que comprendía á Balk, Bocara, Samarcanda, el Turkestan, el Korasan, el Carism, el Mawaranahar y gran parte de la Persia hasta el Indo, Gengis-Kan declaró capital de su imperio á Caracorum, llamada por los Chinos Holin, colocada en el paralelo de Paris, entre los rios Tula y Ongon, y volvió á la China á combatir á la dinastía Hia; pero allí, en medio de los estragos y de las victorias le cogió la muerte. Decía á sus hijos: « Con la ayuda de Dios os he proporcionado un imperio tan vasto, que en un año no puede recorrerse desde el centro á uno de sus extremos. ¿Quéreis conservarlo? Pues estad unidos y obrad de acuerdo para oprimir á los enemigos y ayudar á los amigos. Uno solo debe ocupar el trono y deseo que sea Oktai, el tercero de mis hijos. » Dispuso la manera de continuar la guerra con buen éxito, mandó matar al rey de los Tangusos apenas capitulase, y murió de sesenta y tres años, habiendo reinado veintidos. Habia dispuesto que se ocultase su muerte, y así fué trasladado en secreto á la Mogolia, matando á todas las personas que se encontraron en aquella larga travesía. Cuando llegaron á la Gran Horda, se publicó su muerte: los grandes de aquel inmenso imperio acudieron á llorarlo, le sepultaron en las montañas del Burkan-Caldum, y el bosque que se plantó alrededor de su tumba fué el palacio de sus sucesores.

Gengis-Kan fué mirado en la nacion como un dios, porque de miserable y oscura la habia elevado á terrible dominadora: decia que Dios le habia dado el imperio del mundo, y queria someterle á su poder con las armas; mas no habiéndolo conseguido, encomendó la empresa á sus hijos. Su valeroso arrojo, unido á su pérfida astucia, contribuyeron á sus triunfos, y al oír sus hazañas se diria que no es un hombre,

Muerte de Gengis-Kan. 18 agosto. 1227.

sino la peste, un incendio, un terremoto ú otras fuerzas de la naturaleza, que sordas á los gemidos de los que padecen llevan adelante irremisiblemente la obra de la destruccion. La obediencia absoluta de sus tropas secundaba sus planes. Quería que los oficiales tuviesen siempre á los soldados dispuestos á montar á caballo á la primer señal. « El que manda bien » una decena de hombres, decia, merece que se le confie un millar; pero si los conduce mal, » le castigo con la muerte, la de sus hijos y » su mujer, y elijo otro para su decena: lo mismo hago con los jefes de ciento, de mil y » de diez mil. » Y añadía: « He entregado el » mando al que reunia ingenio y valor: á los » diestros y cuidadosos les encargo de los equi- » pajes, y á los imbéciles les pongo el látigo en » la mano para que guarden los ganados. Ocupando de este modo á cada uno segun su » capacidad, y manteniendo el orden y la disciplina, he visto crecer mi poder de dia en » dia como la luna nueva. »

Este genio de la destruccion fué sin embargo legislador de su pueblo, y el *Ulug-yassa* ó coleccion de sus leyes, escrita en lengua mogola con caracteres uigueros, era consultada con veneracion en los asuntos importantes (1). Puso correos como en la China, limpió los caminos de la Tartaria de las cuadrillas de las tribus independientes, y se jactaba de haber establecido entre sus súbditos el orden y la justicia, en vez de la insubordinacion y la infidelidad que ántes existian; castigaba con pena de muerte el homicidio, el hurto, el adulterio y la sodomía, á los que por tercera vez perdian los capitales que se les habian confiado, á los que escondian esclavos vagabundos, bienes hallados ó armas de otros perdidas en las batallas, y á los que hacian daño con sortilegios ó favorecian en los duelos á uno de los combatientes. La vida de los vencidos tenia un precio marcado; la de un musulman costaba cuarenta *baliscos* de oro, y la de un Chino el valor de un asno.

Segun las creencias de los Mogoles, durante la primavera y el estío nadie debía bañarse en agua corriente, mojarse las manos ni cogerla con vasos de oro ni plata, porque creian que esto atraía los rayos que son allí muy frecuentes; si alguno era herido por un rayo, debía purificarse todo lo que poseía, pasando entre dos hogueras; se destruía su casa, y se desterraba á la familia, sin que ninguno de sus individuos pudiese entrar hasta pasados tres años en la horda de un príncipe. Conforme á estas ideas Gengis-Kan prohibió severamente echar orines en el agua y en la ceniza, ponerse á horcadas sobre el fuego, sobre una mesa ó sobre un plato, mojarse las manos en las corrientes y lavar los vestidos: era degollado el que mataba los animales de la manera que lo hacian los musulmanes; se les debía abrir el pecho,

(1) Puede verse su traduccion en el *Journal asiatique*. Enero, 1842, p. 93-103.

meter la mano y destrozales el corazon. En sus banquetes admitian á todos los que llegaban y probaban con él las viandas, que se componian hasta de las cosas mas repugnantes (1).

Gengis-Kan recomendaba que no honrasen á una religion mas que á otra, sino que las mirasen á todas como iguales, porque á la Divinidad le importa poco la manera en que se le dirigen las adoraciones. Eximió de toda contribucion y carga á los ministros de todos los cultos, á los pobres, á los médicos y á los hombres de letras. Tuvo cerca de quinientas mujeres y concubinas, elegidas entre las prisioneras y las Mogolas, debiendo todos los capitanes revisar las de sus respectivas compañías para presentar las mejores al rey y á los príncipes.

CAPÍTULO XIII

Los Gengis-Kánidas.

Oktai 1227.

Habia dividido Gengis-Kan sus Estados entre sus tres hijos; pero para evitar las rivalidades que surgieron, convinieron en elegir á Oktai emperador, segun la intencion de su padre, y todos se arrodillaron nueve veces delante de él con la cabeza descubierta y el cinturón echado sobre los hombros, y celebraron el banquete fúnebre, haciendo el juramento siguiente: « Mientras quede de tu descendencia un pedacito de carne que arrojada en la yerba » impida al buey comerla, y puesta en las » viandas impida al perro probarlas, no pondremos en el trono un príncipe de otra raza. » El elegido repartió regalos, dió un espléndido banquete á la sombra de su padre, escogió cuarenta jóvenes de las mas hermosas y las envió al otro mundo para que le sirviesen.

Arregló algun tanto la hacienda y limitó el poder de los gobernadores, segun los consejos de Ye-liu-cutsai, que le dijo: « El imperio fué conquistado á caballo, pero no puede ser gobernado á caballo. » Entónces aprestó tres ejércitos para concluir las conquistas de su padre: uno envió á Persia á fin de que destruyese á Gelaledin, que al volver de la India se habia apoderado de muchos dominios; otro contra los Capchacos y los Búlgaros, y con el tercero se dirigió á la China, donde en breve exterminó la dinastía Kin. Sus cortesanos le hicieron presente la inconveniencia de que se expusiese á las fatigas y á las desgracias de la guerra, y él entónces dejó á sus generales que consiguiesen triunfos que acaso le estaban destinados. Se dedicó despues á construir edificios, para lo cual le daba medios abundantes Ye-liu-cutsai que administraba acertadamente la hacienda, emitió billetes de banco, y procuró introducir entre los Mogoles la disciplina de los Chinos, colegios y exámenes.

(1) « Cibi eorum sunt omnia que mandí possunt; vidimus eos etiam pediculos manducare. » G. DE CARPIGN.

El ejército destinado á conquistar los países situados al Occidente del Volga, mandado por Batú, subyugó á los Búlgaros, los Capchacos, la Rusia, la Circasia, la Galitzia y Polonia. Gengis-Kan habia obligado á sus cuatro hijos á que diesen un regimiento cada uno para guarnecer la India, con los cuales fué invadido el Norte de esta y tomada y saqueada Lahore. Dehli se sublevó entónces contra el sultan Moizzaddin Karam-shah, por causa del desleal ministro Nizam al-Mulk, que habiéndole muerto, puso en su lugar á Aladin Massud-shah, mientras los Mogoles invadian el país del Sind por el Candaar.

Entretanto murió Okai, á quien acertó la vida su extremada aficion á la caza y al vino. Al contrario que su padre, tenia un carácter dulce y era excesivamente liberal, y cuando sus oficiales querian disminuir las inmensas sumas que daba por servicios insignificantes, les decia: « Sois mis peores enemigos al impedirme que » adquiera lo único que hay duradero en el » mundo, el buen nombre. » Encontrándose un dia el tesoro lleno de dinero, dijo que le causaba disgusto el custodiarle, é invitó á que tomase de él el que lo necesitara; despues de comer se sentaba fuera de su tienda y daba regalos á todo el que pasaba, y á los comerciantes á quienes hacía alguna compra les mandaba pagar una décima parte mas del precio convenido. Permitia á los musulmanes que se lavasen en agua corriente y matasen los animales á su manera, y habiendo llegado uno á referirle que Gengis-Kan le habia mandado en sueños le intimase que exterminara á la perversa raza de los mahometanos, Okai le preguntó si sabía el mogol, y como le contestase que no, dijo: « Eres un embustero, porque » Gengis-Kan no supo nunca otra lengua, » y le mandó matar.

Zagatai, su hermano mayor, que habia heredado por suerte la Transoxiana y el Turkestan, y que habia sido nombrado su sucesor, murió poco despues, y su descendencia dominó aquellos países hasta Tamerlan. Durante la menor edad de Kayuk fué regente su madre la emperatriz Turakina, que confió la hacienda al mahometano Abd el-Rahman, que la acrecentó, vejando y disgustando á los pueblos, por lo cual Ye-liu-cutsai murió de pena, y lo que es un raro ejemplo en su clase, solo encontraron en su casa libros, mapas, instrumentos de música, medallas é inscripciones antiguas. Está reputado como uno de los ministros mas insignes, no solo de Asia, sino tambien de otras partes. Nació en Tartaria, abrazó las ideas y la civilizacion en la China, se dedicó á mediar entre los oprimidos y los opresores, y siempre abogó por los vencidos con tal calor que Okai le dijo: « Estoy viendo que has de llorar tambien por » el pueblo. » Procuró introducir entre aquella gente feroz, que solo conocia el derecho de la espada, la razon y algunos sentimientos de humanidad, y substituir al saqueo las exacciones regulares, y los tributos á la destruccion. Habia

Ye-liu-cutsai.